

Mi mar

¿Recuerdas aquellas palabras que te dije cuando nos conocimos? Quería conocer el mar y me aseguraste que lo contemplaría. Después de tantos años todavía no lo he hecho, pero conozco la fuerza con la que golpean las olas un barco, el sentimiento que produce sumergirte en el agua, hundirte y hundirte hasta llegar al fondo, notar entonces como se te acaba el aire y querer subir con angustia a la superficie, pensando que tal vez no vuelvas a respirar, conozco incluso lo que es estar en la oscuridad más cruda del océano, el miedo y la soledad que crea, sé cuál es el frío que se siente en sus profundidades y también domino la presión de sus abismos, porque tú fuiste mi mar.

Aguanté mil veces tus noches de tormenta, soporte tu oleaje sobre el piélago sin naufragar.

Y el motivo por el que hoy estoy aquí es porque un día me cansé de tener soportarlo, decidí remar hacia la orilla, ya eran demasiados otoños, primaveras y veranos convertidos en fríos inviernos de pánico y llantos, un amor en el que ya solo existía la desconfianza y el miedo, después de todo, no me dejabas fuerzas ni para odiarte. No podía creer que después de haber compartido tantas caricias, sueños e ilusiones me trataras de esa forma, traicionando todas y cada una de tus palabras, echando a perder en cada oleada los momentos que habíamos compartido, nuestra complicidad y nuestro amor.

Hoy sentada en la playa de este paraíso llamado liberación, puedo decir que tus actos fueron suficientes para romper mi corazón, pero aún así mantuve la razón y obtuve de ella el valor suficiente como para apartarte de mí y mantener la ilusión de contemplar el reflejo de la Luna en el mar, pero del que realmente quería conocer.

Ana Berglugo Sánchez